

PRESENTACIÓN

Antonio Pérez Lasheras

¿Cómo no íbamos a publicar un libro en homenaje a José Antonio Labordeta? Desde *Rolde*, la revista que siguió los pasos del mítico *Andalán* que fundara nuestro homenajeado en 1972 junto a Eloy Fernández Clemente, teníamos que rendir esta cortesía a quien tanto debemos, pero no por él, sino por nosotros mismos, para saber dónde estábamos y adónde hemos llegado. Labordeta ha sido siempre un termómetro de la coherencia.

José Antonio Labordeta colaboró con la revista por primera vez en 1982 y siguió haciéndolo a lo largo de toda su vida, sobre todo con poemas, que a veces eran un adelanto de su próximo libro. Así lo hizo en 1986, con composiciones que después formarían *Diario de naufrago* (publicado por Prensas Universitarias de Zaragoza en 1988), con la nota curiosa de que algunos de los



poemas publicados en la revista no formaron parte finalmente del libro, y en 2007, con *Foto de familia*, poemario final que tenía previsto publicar con ilustraciones del arquitecto y también amigo de esta revista José Manuel Pérez Latorre (que incluimos en el libro) y cuya última composición se titula, premonitoriamente, «Último poema». Aparte de estos conjuntos, publicó poemas en dos ocasiones más: uno a la muerte del poeta Luciano Gracia, en el monográfico que le dedicó *Rolde* en 1987, y los otros, con el título unitario de «Hojas de invierno», aparecieron en 2002, aunque una nota aclara que fueron escritos en 1996 y que iban a formar parte del CD *Paisajes*. Estos poemas no fueron recogidos en libro hasta que aparecieron (al igual que los anteriormente mencionados) en la recopilación de la obra poética editada con el título de *Setenta y cinco veces uno*, en 2011, y que tuve el honor de reunir junto al poeta y editor Ignacio Escuin.

Además de estas colaboraciones, José Antonio Labordeta fue objeto de varias entrevistas publicadas en nuestra revista. La primera de ellas en 1983, realizada por Chesús Bernal y José Luis Melero, supone toda una lección

sobre lo que supuso la Transición y la decepción sufrida tras el *aggiornamento* del PSOE y la fagocitación del aragonesismo político que había representado el PSA. La segunda, realizada por Antón Castro, aparece en el número extraordinario que *Rolde* dedicó a Miguel Labordeta, en 1994, cuando se cumplían veinticinco años de su desaparición y coincidiendo con el congreso académico que el profesor Túa Blesa organizó en torno a su figura (en el que colaboraron, entre otros, los llorados Antonio Fernández Molina, Ángel Crespo y Carlos-Edmundo de Ory). La tercera y la cuarta se realizaron ya en este postnovísimo milenio (en 2001 y en 2007) y muestran a un Labordeta renacido de sus cenizas, cual Ave Fénix, pleno de facultades, defendiendo el aragonesismo de izquierdas en Madrid, pero, al mismo tiempo, mostrando su escepticismo y su cansancio de tanta lucha para tan poco.

Pero Labordeta no hizo poco. Su labor didáctica, literaria, política ha dejado una huella que el tiempo irá engrandeciendo. Si no, no se explicarían esas muestras de duelo que sobre todo el pueblo aragonés, pero también el pueblo español, manifestó a la hora de su muerte. El dolor se hizo palabra y los amigos sentimos el agobio de ir contestando a las múltiples solicitudes de la prensa diaria, de los medios en general. Algunos tuvimos que contener las lágrimas y dedicarnos a lo que, se suponía, era nuestra obligación: mantener el tono impostadamente sereno y hablar de su obra, cuando, en realidad, queríamos expresar nuestra queja de huérfanos heridos, pero las circunstancias obligan...

Como es de bien nacidos ser agradecidos, quiero reconocer a Alfons Cervera la sugerencia del título, que es, en realidad, el último verso del poema de José Antonio Labordeta «Siete de marzo», correspondiente al poemario *Método de lectura* (Madrid, Endymion, 1980).

Se recogen aquí algunas de las notas —apresuradas pero sentidas— que los amigos relacionados con *Rolde* publicamos en la prensa y la radio. Una de ellas, la de Félix Romeo, cobra una especial relevancia por su inesperada desaparición (poco más de un año después del fallecimiento de Labordeta, el 7 de octubre de 2011), entre otras razones porque su aportación no fue impresa, sino que fue leída en una de sus colaboraciones en Radio Nacional de España. Félix —lo hemos leído y oído muchas veces en los días cercanos a su fallecimiento— fue el hijo varón que Labordeta no tuvo (hasta su viuda, Juana de Grandes, lo manifestó en el acto de inauguración del monolito

con el nombre de José Antonio Labordeta en su parque). Los demás hemos hecho lo que hemos podido: reprimir el llanto para contar que José Antonio, el Abuelo, nos ha dejado un hueco «sin fondo», un dolor sin límite, un vacío insondable. A él, se suma la pérdida de Félix, el amigo Félix. Somos menos, y menos buenos, los que quedamos, pero juramos que haremos lo imposible para que el nombre de ambos siga vivo en la entraña misma de nuestro ser, de la Zaragoza que los dos tanto amaron, de nuestro Aragón de incierto futuro.

Pero no queremos estar tristes. Este libro es un homenaje, un canto a la inmensa alegría que sentimos de haber conocido y haber podido compartir muchos de los momentos de nuestras vidas con José Antonio Labordeta, el hombre que nos hizo mejores a todos, el hombre que nos enseñó a amar a Aragón sin fisuras para siempre.